

XX

Vefectivamente, con él dió á las puertas de Lugano. Saltóle encima para acariciarle y le mordió.

La hidrofobia, ese terrible mal combatido durante muchos dias por la afeccion, el recuerdo y la fidelidad, estalló en aquel momento de alegría.

Algunos dias despues recibí carta de Tonino. Juan estaba gravemente enfermo, ignorándose la naturaleza de su enfermedad. Era víctima de una fiebre ardientísima con delirio incesante y furioso. Yo debia prevenir á Felicia para la eventualidad de un desenlace fatal. Adivinólo ella, y me arrebató la carta.

—¡Mi hermano está loco! exclamo; debia acabar así forzosamente; ¡estaba seguro de ello!

Pusímonos en camino una hora despues, ambos á caballo, para alcanzar la posta en la parada más próxima. Sorprendíonos la noche en una estrecha y sombría garganta, donde debimos arrimarnos á la pared de roca para dejar pasar un ginete que venia hácia nosotros al galope.

Detúvose, al vernos, preguntándonos en italiano por el camino de *Diablerette*. Venia de parte de Tonino para evitar nuestra marcha. La carta de la mañana no habia sido sino para prepararnos á recibir la horrorosa nueva. Juan habia fallecido en medio de la exasperacion más atroz. Fué necesario matar al perro. El médico reconoció una mordedura en el brazo del enfermo. Así se habia realizado con la rapidez del relámpago, el fantástico y espantoso sueño del pobre Juan.

Añadia Tonino por boca del correo:

—No partais, bajo pretexto alguno; conozco perfectamente las intenciones y sentimientos de Felicia. El cuerpo de su hermano será embalsamado, y conducido por mí á nuestro valle. Que le espere allí. Ignoro todavía qué ruta deberé seguir al transportarle. Así es que nos expondríamos á cruzarnos sin vernos en el trayecto.

Felicia estuvo oyendo estos detalles con espantosa sangre fria. Hizoselos repetir varias veces, como si no hubiese entendido bien; despues, volviéndose á mí:

—Volvámonos otra vez á casa, dijo ella. Mandad delante este correo para que nos anuncie.

Desde el momento en que se nos adelantó el correo, reemprendió ella la marcha, sin decir una palabra, sin llorar, sin manifestar el menor desórden en su espíritu ni el más ligero desfallecimiento de su voluntad. Yo estaba trastornado y vivamente herido, pero me contenia, é inquietaba por Felicia. La oscuridad no me permitia ver su rostro, y temia al propio tiempo darme cuenta de su actitud. Iba yo andando junto á ella todo lo posible, temiendo alguna explosion ó desvanecimiento. La calma aparente en la que se habia envuelto, duró como un cuarto de hora. De pronto levantó los brazos dando un grito terrible, como si la luna que acababa de traspasar la cresta de rocas cuya base íbamos siguiendo, y llenando de luz nuestro camino, la hubiese llamado al reconocimiento de la realidad.

medio de su angustia, despertaba en mí aquella desventurada, sin saberlo ni quererlo tal vez, la ardiente ternura que yo creía haber vencido. Su dolor me desgarraba las entrañas, y al verla arrastrándose por el suelo mesándose los cabellos, yo sentía, con mi propia desesperación, que eran míos sus sufrimientos y que la amaba con pasión. Entonces, adquiría yo la energía del hierro, y la elocuencia indispensable á reanimarla y enternecerla. Estuvo largo rato sin comprenderme, y luego, de repente, ignoro cuál de mis palabras penetró en su corazón volviendo los sentidos á su espíritu; púsose á escuchar admirada, y buscando mis manos en la oscuridad, díjome con acento desgarrador:

—¿Sois vos quien está ahí? ¿Sois vos quien me habla? ¿Sois la persona que me ama? ¡No, no; no podeis ser vos esta persona! porque no hay quien me ame en este momento; ¡nadie me amaré ya! ¡Ni amor, ni amistad! nada de esto es para mí.

—¡Juradme haceros superior á estos dolores, la dije; alimentad el deseo de vivir, y mi vida os pertenece desde luego!

—¡Es imposible, repuso ella, vos no podreis ser nunca mi hermano!

Y en uno de aquellos paroxismos de exaltación, en medio de los cuales no existe jamás orgullo ni reserva, respondiome exclamando:

—¡No! vos no podeis ser nada para mí, porque yo os estimo enamorada, y vos estais resuelto á dejarme morir antes de amarme por igual. Yo no quiero, como os he dicho, ni vuestra compasión ni vuestra amistad. Me he visto humillada y ofendida; es preciso que os adore ó deteste. Soy así, y ni vos ni nadie ha de poder cambiarme; he renunciado á vos, mi corazón se ha vengado maldiciéndoos. Yo no amo á nadie ni quiero amar á nadie. Tengo dinero; soy rica, muy rica, ahora que no tengo ya hermano y que ya no vengo obligada á arruinarme para complacerle. Daré pues todo mi dinero, todas mis tierras y

todos mis rebaños á mi familia italiana. Así serán ellos felices. Tonino se casará; yo no le amo ya; no tengo pues necesidad de vivir para él; ved pues claramente cómo tengo el derecho de morir.

—¿Y si yo os amase, Felicia; si os amase tanto ó más de lo que me amais?

—El amor no se contagia; ¡me hubierais ya amado antes!

No pude retener más mi secreto, escapóseme; yo no sé cómo se lo confíe ni cómo le expliqué la lucha sostenida conmigo mismo. Pero no dejé que trasluciera un solo punto de mis celos, pues no pronuncié siquiera el nombre de quien me los había inspirado. Hubiérame avergonzado de confesárselo, y hubiera creído ultrajar á Felicia en el momento en que debía elevarla á sus propios ojos; mis sospechas unidas á la amargura de su desdicha, hubieran sido, para ella, yo así lo creo, un nuevo caliz de amargura. No lo sospechaba ella, oíame con sorpresa y sobrecogimiento, sin interrumpirme; luego, y como venciendo su propia naturaleza, volvió de nuevo á sollozar, pero esta vez sus ojos derramaron lágrimas en abundancia, pidiendo en medio de su expansivo dolor, perdón á Dios y á su hermano de amar todavía á alguien en la tierra.

La exaltación no se hizo esperar. Levantóse Felicia, y tomando maquinalmente la brida y el estribo de su caballo me dijo:

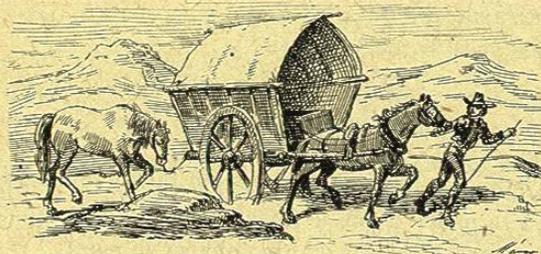
—¡Partamos! la idea de la dicha no puede penetrar en este momento en mi cabeza, pero siento renacer mi valor con la idea de poder aún consagrarme al bien de alguien. ¡Ved, mi hermano me espera! ¡allí está, desde allí nos ve! ¡Quiere que nos fundamos uno en otro! ¡Juradle que me habeis dicho la verdad y su alma estará satisfecha! ¡Yo le juro á mi vez que viviré, que continuaré sus trabajos, que daré su nombre á estas tierras, á esta isla que ha sido el sueño de su vida, y que no me faltará jamás para ello la voluntad ni la fe! Así lo quiere él, ¿no es cierto? Si yo muriese ahora, se le olvi-

daria; su obra se vería abandonada. Amadme, amadme, ó todo habrá acabado para él como para mí.

Toméla en mis brazos, y la senté en su silla, acomodando sus temblorosas rodillas, y jurándole que tenía ella, para lo sucesivo, el derecho y el deber de vivir.
Partimos al galope.

XXI

A los tres días llegó Tonino con el cuerpo de Juan en un carromato. Su caballo, atado á la trasera, seguía cabizbajo. Una caja venía también encerrando algo ignorado que Tonino ocultaba cuidadoso, la que enterró anticipadamente por



la noche, en el mismo lugar donde debía ser enterrado Juan. Supe después este extraño secreto. Desde el momento en que se había sentido Juan enfermo, parece que dijo:

—Es indispensable matar al perro, porque es peligroso que

viva, pero es á su pesar que me ha mordido, y, si yo muero, es preciso que se le entierre á mis pies; esta es mi voluntad.

Felicia habia vuelto á encontrar el austero valor de su energía. Ocultóse el género de muerte del pobre Juan; todo el valle asistió solícito y respetuoso á sus funerales, y Felicia tuvo el consuelo de ver, que á pesar de sus celillos, su desconfianza, y su burlonería pasada, sentian sinceramente todos los habitantes que, aquel á quien habian muchas veces mortificado, hubiese muerto. Hacian todos justicia á sus importantes cualidades.

Despues de la ceremonia, se sirvió, segun costumbre, una gran comida. Felicia cuidó por sí propia y sin desmayar de todos los deberes propios á la hospitalidad.

Cuando volvió todo al silencio natural, lloró entonces ella en silencio tambien, y estrechándome castamente la mano, me dijo retirándose:

—¡Habeis visto si tengo valor!

Tonino habia venido solo, sin que él ni Juan hubiesen podido persuadir á su padre á que le acompañara; así es que al dia siguiente, ordenó Felicia á Tonino que se volviera.

—Tú no has sabido cumplir con tu deber, díjole ella en tono severo. Tu padre lo ha perdido todo perdiendo á su excelente esposa. Habrás querido darle dinero, y no es esto, sino la amistad y el trato, lo que le hacen falta; á su edad, se muere uno cuando se encuentra solo. Anda á buscarle, y dile que iré por

él yo en persona si es preciso. Ya vendria ahora mismo contigo si no estuviera muerta de fatiga; pero debo evitar el caer enferma, puesto que aún me quedan en este mundo deberes que cumplir.

Resistíase Tonino asegurando que nada bastaria á decidir á su padre á dejar su país.

—Pues bien, dijo Felicia, si no consigues el objeto, debes permanecer á su lado, yo lo quiero.

Animábase la discusion; ignoro por qué humana consideracion no queria yo saber qué poderoso sentimiento impulsaba al uno y detenia al otro ante aquella separacion. Sentia yo, ó creia sentir, que entraba en algo mi personalidad en la severidad de Felicia como en la resistencia de su primo. Dejéles á ellos, y fuíme á reemprender los trabajos suspendidos.

Cuando, por la noche, volví, Tonino habia partido.

Hétenos ya solos y juntos, me dijo Felicia dirigiéndome una mirada más severa que tierna. ¿Quereis que estemos siempre solos?

—¿Por qué me haceis esta pregunta, Felicia?

—¡Tonino os desagrada!

—¡Al contrario! le aprecio; pero, toda vez que provocais mi franqueza, debo deciros que persisto en creerle enamorado de vos, y que semejante situacion se me hacia muy difícil de aceptar. Al presente, todo ha cambiado; vos me amais, y quereis que yo os ame. No queriendo calumniaros, no he de creer que no hayais encontrado el medio de hacer cesar mis sufrimientos.

—¿Habeis sufrido entonces?

—Grande y amargamente.

—¿Por qué no lo deciais?

—Me avergonzaba.

—¡Sois muy particular, M. Sylvestre! también me habeis hecho sufrir á mí cruelmente; porque os creí desdeñoso é indiferente, ocultándome cauteloso, lo que me hubiera consolado.

—¿Entonces no creéis que los celos sean una ofensa hácia la persona amada?

—No voy tan lejos como vos; los celos son, en mi concepto, inseparables del amor, y estoy por lo tanto orgullosa de habérselo inspirado.

No pensábamos lo mismo uno y otro; pero Felicia tenía necesidad de consuelos y no de discusiones, y, por otra parte, yo sentía junto á ella ese delicioso temor que hace los amores indulgentes, cuando no ciegos. Su instintiva sumisión á mi secreto deseo de que se alejara el jóven baron, me tocaba muy de cerca y conmovía profundamente. Le dí por ello las gracias; pero, avergonzado de mi egoismo, me apresuré á decirle que no creía que debiese prolongarse mucho aquella separación que se imponía.

—Vivamos una temporada solos, le dije. Tengo una imponderable necesidad de veros únicamente yo sin ser observado por los ojos de un solo envidioso, como la tengo de hablaros y oiros sin que nos oiga ningun testigo entrometido ó curioso.

Tenemos muchísimas cosas que decirnos, porque el amor es un desconocido aún para los amigos que mejor se conocen.

Ignoramos lo que ha de venir á ser para nosotros; no pretenderemos insistir demasiado en darnos cuenta de ello, lo cual resultaría imposible tal vez, pero preparemos su imperio sobre nosotros por medio de aquel dulce recogimiento que abre la puerta á los sueños dorados. Acostumbrémonos por

medio de una confianza completa, á no constituir más que un alma. ¡Cuando sea esto un hecho, puede volver vuestro hijo adoptivo! Ya seré yo entonces bastante fuerte para resistir las vanas quimeras ó las justas susceptibilidades que han venido mortificándome.

Si él os ama, como yo creo, procuraremos uno y otro curarle de ello. Si me he equivocado, me curareis así para siempre jamás, de la injusticia de mi supuesto.

—Voy á deciros la verdad, replicó Felicia. Habeis creído adivinar algo que no podeis comprender. Tonino me ama como á su madre ó como á una hermana, es decir, que me ama mucho, pero su amor no es sino amistad; mas en el fondo no deja de haber su parte exclusivista, porque siente el egoismo natural á todos los niños mimados. Añadid á esto que se encuentra en la edad del amor, en que los sentidos le hablan en todas las mujeres, sin que sea yo una excepcion; esto me ha sido forzoso reconocerlo. ¿Os sonrojais, M. Sylvestre, creéis todavía ser engañado? Pues bien, no; él me ha querido, él me quiere, y seguirá queriéndome probablemente aún. Si esto os molesta, no es necesario que vuelva. Si os fuera ello tan indiferente como á mí, podría volver, es decir, volvería, y entonces cuidaría yo de casarle, para hacer que absorba su atención otra mujer.

—¿Se atrevió él á deciros que os amaba?

—Sí, desde que despertásteis vos sus celos.

—¿Y vos, le regañasteis... ó acep...?

—Ni lo uno ni lo otro. Hice como que nada entendía; era lo mejor.

—¿Y no sentisteis vos ninguna emoción, agradable ó contraria?...

—¡Qué se yo! M. Sylvestre. Reflexioné. En aquel momento parecía que me mirabais con desden ó me evitabais. Hubo momentos en que el pesar me volvía loca; y me dije: “¡es pre-

ciso terminar, sufro demasiado! Necesito ser amada apasionadamente, no importa de quién, y yo, yo por mi parte, amaré como pueda. Ved este muchacho cuya amistad poseo, y que, por otra parte, aún me encuentra hermosa; pues bien, viendo aquella embriaguez, que siempre agrada, creía no alcanzar otra dicha que aquella. Parecíame siempre mejor que una soledad eterna; esto no me era posible. He vivido sola trece años, sin pensar; pero, después de haber amado, mi imaginación no puede detenerse, por más que pretenda lo contrario. Es un sueño continuado, velado al parecer por alguien que me dice: «¡Esta es la vida, no es tal vez lo que tú habías soñado; puede que sea mala y aún peor que tu soledad, pero es la vida!»

La terrible franqueza de Felicia me hacía mucho daño, al propio tiempo que me inspiraba mucho respeto su valerosa lealtad. Yo quería llegar hasta el término de aquella ardiente confesión y mis preguntas, al parecer tranquilas, la obligaron á continuar:

—Soñé pues en casarme con este muchacho, repuso ella; y hubiera querido poder decidirme, pero me fué imposible. Existe en mí una repugnancia moral hacia él. No le estimo demasiado, porque sé sus defectos. Tomo sus más inocentes caricias como insultos. Le creo capaz de ser ingrato con su mejor amigo el día en que éste no le deje nada que desear. Vereis como se olvidará de Juan hartó brevemente; además, es hipócrita: me ha sido imposible corregirle este defecto. En fin, que le odio en parte después de haberse manifestado enamorado de mí, sin que acertara á decir el por qué. Me impacienta, me irrita. Gusto de la soledad y del descanso cuando no le veo, y, si me dijerais que os molesta é incomoda también, creo que me alegraría. Ya me arreglaría yo para que no volviera.

—Pues bien, exclamé, como dominado por un sentimiento irresistible; ¡que no vuelva, Felicia! ¡que no vuelva jamás!

No me atreví á decirle que Tonino me había parecido más peligroso para ella, de lo que lo era ella para Tonino. Y sin embargo, la verdad, la delicadeza ó la bárbara verdad de aquella situación, se me presentaban en toda su desnudez. Las ardientes pasiones del joven resistiendo á los inevitables sentidos de Felicia. Un magnetismo, involuntario tal vez de una y otra parte, les había, desde los más tiernos años de Tonino, empujado uno á otro. No se amaban ni se agradaban, ó quien sabe si estaban destinados á odiarse, y sin embargo, no estaba yo libre de sentir, moral é intelectualmente, celos; pero aquella atracción física, aquella curiosidad intranquila, el deseo del uno, el temor del otro, aquel no sé qué conmovedor y sensual que flotaba entre ambos, me producía, naturalmente, cierta especie de furor; y, cosa extraña, en vez de sonrojarse de inspirármelo, Felicia parecía enorgullecerse como de un homenaje que yo le prestara! Aceptaba con alegría vulgar, la proposición que yo le hacía temblando.

—Esto, ¡esto es, decía ella, lo mejor! ¡que no venga más á servirnos de estorbo! Voy á señalarle una buena dotación y decirle que dejamos ambos este país. Viajaremos una temporada si os parece, y, cuando volvamos, él habrá ya fijado su residencia en Lugano al lado de su padre. Esta noche misma le escribiré...

—¿Vais á decirle entonces que nos casamos?

—Sí, pienso decírselo, quitándole así toda esperanza.

Esta última palabra de Felicia resultó para mí tan amarga, que me apresuré á pedirle permiso para no dejar el paso franco á mi disgusto. Tonino tenía, pues, alguna esperanza;

ella se la habia dejado concebir! Aquella mujer austera, no era pues verdaderamente casta. ¿Podia serlo? Su primera falta, en la cual no me habia fijado apenas hasta entonces, aparecióseme como una verdadera mancha, un delirio precoz, una atraccion completamente brutal que el pudor y el orgullo no habian, tal vez, soñado en resistir. Recordé que hablando de aquella falta no habia Felicia manifestado jamás confusion ni verdadero arrepentimiento. Ella erguia la cabeza á pesar de ello, y parecia mejor desafiar que sonrojarse.

XXII

GRISTE é inquieto estaba yo al dia siguiente. Felicia al contrario, parecia tranquila y como animada por una gran resolucion.

Habia escrito á su primo, y al querer ella mostrarme la carta, yo no habia querido leer. Temia encontrar en ella la confirmacion de mis dudas y de carecer del valor suficiente para sacrificarme. Sentia perfectamente que debia tenerlo, que no podia perder un alma que habia jurado salvar; en fin, que estaba en el caso de aceptar el destino á que me habia hecho yo mismo acreedor, y si no podia ser dichoso y feliz, debia admitir todas las consecuencias de mi pasion.

¡Mi pasion! pasion indefinible; que me abrasaba dejándome helado rudamente á lo mejor, al desvanecerse al parecer. Al lado de Felicia misma estaba sufriendo esa especie de vértigo que el amor de una mujer inteligente y bella produce en quien lo siente. Despues al estar solo, parecíame haber soñado, y lo que me chocaba en aquella naturaleza escepcional, me parecia ser la única realidad de mi emocion.

Pasáronse dias y semanas sobre esa desgarradura interior, llegando á disiparla